

MANUEL MONTALVO

Sin ti  
yo no

la esfera  de los libros

# 1

## *Un trozo de tarta*

**A**l final parece que esto va de ser feliz. La vida, por experiencia propia, es una simple y curiosa sucesión de altibajos. No siempre te encuentras igual. Ni te sientes del mismo modo. Yo he conseguido llegar muy alto (tanto, que casi rocé el cielo con la punta de mis dedos). He soñado fuerte. He querido por encima de todas las cosas. Y, sobre todo, durante una bonita temporada, logré vivir sin miedo. Pero ¿sabéis cuál es el problema de llegar tan alto? Que cuando caes, el golpe puede llegar a ser mortal...

A partir de aquí os voy a contar la historia de un ganador que perdió. O de un perdedor que se alió con la suerte y ganó. En realidad, no sé cuál de esas dos frases me definiría mejor.

Lo que sí está claro es que soñé con demasiadas ganas. Y que en alguna ocasión tuve la sensación de que hay formas de morir, aunque sigas respirando.

¿Podría decir que he sido afortunado? Me gustaría que os acordéis de esta pregunta cuando terminéis de leer y os la contestéis vosotros mismos. Porque para muchos puede que sí y a otros quizá les parezca todo lo contrario.

La historia comienza un día de Navidad de un año cualquiera. Con varias coincidencias, una mañana gélida y las calles repletas de motivos y adornos típicos. En aquella época me dedicaba a servir a los demás, lavar platos o pasar una bayeta a las mesas que otros ensuciaban. Hasta ese momento, posiblemente no conocía lo que es la suerte. O por lo menos a mí no me lo parecía. Acababa de dejar la

universidad porque no tenía dinero ni para comprar los libros, vivía en una habitación casi del tamaño de una cama de noventa y había terminado trabajando en un bar del centro de Madrid: un salario desastroso por servir a otros y acatar las órdenes de dos personas con las que no me hubiese relacionado jamás.

Llevaba dos años viviendo en Madrid. Dos años en los que nunca sentí que me encontraba en el sitio correcto. Dos años en los que no conocí a nadie al que poder abrazar cuando me sentía solo. Porque no sé si os habrá pasado a vosotros, pero, cuando llegas a un lugar nuevo, la primera sensación es la que te indica si es ahí donde tienes que quedarte. Y yo... nunca la tuve.

Primero viví en una residencia universitaria, hasta que me di cuenta de que mi futuro como estudiante era tan oscuro como las largas noches de invierno. Decidí por mi cuenta dejar los estudios. Y opté por incorporarme al mundo laboral con la esperanza de encontrar algo que cambiase mi vida, y con ello la apatía y el desastroso rumbo que había tomado.

Una de las peores cosas a las que el ser humano se tiene que enfrentar es a la tristeza. Es tan poderosa que te arrebatara las ganas y la ilusión antes de que te dé tiempo a reaccionar. Tan solo tenía diecinueve años y aún me quedaba un largo recorrido. Pero yo, por aquel entonces, solo veía barreras e impedimentos. La gente dice que el dinero no da la felicidad, pero os aseguro que es muy difícil ser feliz cuando llegar a fin de mes se convierte en una auténtica encrucijada.

Mi primer contacto con la realidad fue un trabajo de catorce horas ininterrumpidas en un bar del centro de la capital, desempeñando la función de comodín: tanto recogiendo mesas y sirviendo tras la barra, como fregando las interminables pilas de cacharros que amontonaba el personal de cocina en un gran fregadero de metal. Nunca imaginé que catorce horas pudiesen ser tan largas hasta que fueron pasando los meses allí recluido. Era como estar en una cárcel en la que la puerta está abierta pero la propia vida te impide salir porque necesitas ese sueldo como sustento.

Otro hándicap que añadiría fue que la habitación que había alquilado estaba a más de media hora en transporte público. La única que me pude permitir con el poco dinero que me quedaba. La zona

a la que fui a parar se llama Canillejas, un barrio obrero como otros tantos que rodean el núcleo urbano de la capital del país.

La vivienda estaba compuesta de tres dormitorios, un pequeño salón, cocina y un cuarto de baño. Allí nos hacinábamos una familia compuesta por una pareja de ecuatorianos con un bebé de dos años, que lloraba por las noches como si la humanidad estuviese a punto de extinguirse, un hombre al que su mujer había echado de casa por algún motivo que desconocía, y yo. Éramos única y exclusivamente compañeros de piso. Sin trato, sin cordialidades. Aquello se podía considerar como mi primer hogar tras independizarme. Leyéndolo da casi la misma pena que *in situ*.

Mi día a día estaba absolutamente copado por las catorce horas de jornada, otra hora, más o menos, en el trayecto al trabajo y dormir. Si alguno de los que estáis leyendo esto me podéis dar el secreto para ser feliz viviendo así, por favor, que me diga cómo. Os aseguro que es casi imposible. Y digo casi porque, de repente, puede suceder algo que lo cambie todo.

No tenía ni un amigo con el que disfrutar de mi único día libre. Aunque estaba tan agotado y tan apático que lo solía pasar encerrado en mi pequeña habitación mirando un televisor antiguo, que compré de segunda mano, o leyendo alguno de los libros que pedía en una biblioteca municipal que por casualidad encontré cerca de casa.

La Navidad había aterrizado con esa pasión característica que lo llena todo de color y sonrisas fingidas. El centro de Madrid se convertía en una absoluta locura. Peatones al trote, conductores enfurecidos por el tráfico, turistas maravillados por el decorado y un ambiente de felicidad impuesta que, sin querer, parecía ser contagiosa. Nunca había sido muy partidario de esa época. Pero reconozco que aquella Navidad fue imprescindible para tener un motivo por el cual sonreír —aunque esa mueca, en aquella época para mí, tuviese más mentira que verdad—, aparte de que el bar donde trabajaba, al estar en una zona tan transitada, se llenaba de gente y eso ayudaba a que los minutos corriesen un poco más rápido.

Recuerdo perfectamente aquel día. Era 25 de diciembre. Todos mis compañeros habían hecho lo posible por cambiar sus turnos para poder asistir a la típica comida familiar. Pero yo, por el contrario, ni tenía a mi familia cerca ni nada que comer, salvo unos yogures o

un paquete de pavo que guardaba en la balda que me correspondía de la nevera. Había pasado mi primera Nochebuena lejos de los míos. Solo y viendo los programas de televisión que ponen esa noche (para tirarse por la ventana).

¿Nunca os ha pasado que deseáis dormiros lo antes posible para que el día termine cuanto antes? Pues yo cerré fuerte los ojos e intenté que no se me escapasen un par de lágrimas. Creo que a veces lloramos para entender que estamos pasando por una época de mierda. Porque hasta que no aparecen esas lágrimas, hacemos todo lo posible por obviar que somos unos infelices, ya que admitirlo sería demasiado duro.

Hablé con mi madre antes de acostarme, fingiendo que todo iba genial en la universidad y que su único hijo estaba cumpliendo sus sueños, porque necesitaba justificar de alguna manera que había abandonado mi hogar para labrarme un futuro mejor. Casi dolió tanto aquella mentira como la propia vida (aunque la relación con mi familia no se pudiese considerar como la mejor del mundo).

Ese día llegué al trabajo a las once y media de la mañana. El local era un negocio familiar que regentaban dos hermanos: Marcos y Alberto. Se repartían el horario de tal manera que siempre había uno de ellos en el bar. Unos años atrás habían hecho una gran reforma, convirtiendo el típico establecimiento en una bonita y moderna cafetería que decoraron con gusto. Al entrar te encontrabas con una barra alargada de color ébano, repleta de vitrinas con bandejas llenas de comida casera, que cubría casi toda la pared. Lo que denominaban ellos como el salón eran catorce mesas cuadradas de madera con sus respectivas sillas, repartidas con cierto orden por todo el espacio. El local era una especie de rectángulo diáfano al que accedías por una puerta de cristal de doble hoja y a ambos lados unas grandes cristalerías desde donde se ofrecía a la clientela las maravillosas vistas de la céntrica y antigua calle Mayor. Casi carecía de ornamentación, pero la sencillez era lo que le otorgaba la calma y la peculiaridad para que siempre estuviese repleto de clientes. El negocio, en mi opinión, iba genial. Pero, claro, si preguntabas a cualquiera de los dos hermanos siempre se quejaban de tal forma que te entraban ganas de darles una propinilla como si los sinvergüenzas no fuesen capaces de llegar a fin de mes.

El uniforme que usábamos los camareros era muy básico. Unos pantalones negros de pinzas y un polo blanco con el logo del negocio en la solapa: «Hermanos Ortiz».

Me cambié de ropa en un pequeño vestuario para el personal, después saludé a mis compañeros, como solía hacer siempre, y me dirigí a mi encargado para que me diese directrices. Aquel día me tocó servir las mesas. Quizá, dentro de los cometidos que me asignaban, el más divertido. Porque, por lo menos, me concedía la posibilidad de moverme por el local con algo de libertad.

La mañana había estado bastante animada hasta que, llegada la hora de comer, la gente desapareció como bruma de invierno. Todo el mundo en esa fecha solía reunirse en familia y la mayoría de los establecimientos cerraban precisamente para celebrar el esperado evento. Pero parecía que los hermanos preferían trabajar que estar con los suyos. A veces, la propia avaricia apaga los sentimientos bonitos que tenemos las personas.

El salón se había quedado vacío. Tan solo tenía que estar pendiente de una mesa de tres extranjeros que bebían cerveza mientras charlaban y picoteaban unas raciones de platos típicos. No me quedaba más remedio que mantener una actitud activa y trabajadora para que pareciese que estaba ocupado haciendo algo necesario. Porque de lo contrario cabría la posibilidad de que me metiesen en la cocina a limpiar o a cualquier cosa por el estilo que, por cierto, detestaba.

Mientras colocaba las sillas y limpiaba las mesas con una bayeta húmeda, de repente, una voz de mujer atrajo mi atención.

—Perdona, ¿me puedo sentar donde quiera? —me preguntó, señalando varias de las mesas desocupadas.

Debían de ser las tres de la tarde. La calle se había quedado desierta y hacía un día de perros. La joven que acababa de hacerme esa pregunta iba vestida con un gorro con un gracioso pompón blanco y un mullido abrigo de pelo color hueso que le cubría casi todo el cuerpo. También llevaba una pequeña mochila de colorines y unas botas muy curiosas de esas que se usan cuando el tiempo es una maldita locura.

—Sí, claro. Donde quieras —respondí de inmediato.

Por casualidad, eligió la mesa que yo mismo habría escogido. Justo la que se encontraba en una esquina, pegada a la gran cristale-

ra. Aparte de ser la más tranquila, era la que te ofrecía las mejores vistas de la calle.

Antes de sentarse, sacó un ordenador portátil que posó con delicadeza sobre la madera y se quitó la llamativa prenda peluda para dejarla, junto a la mochila, en la silla que tenía justo a su izquierda. Debajo llevaba unos pantalones vaqueros azules muy desgastados y un jersey de cuello alto del mismo color que el abrigo. Vestía con tanto gusto que llamaba la atención.

Dejé que se acomodase y que mirase la carta, durante unos minutos. Acto seguido, me acerqué para atenderla.

—Hola, ¿ya has decidido? —pregunté con la típica sonrisa que se le exige a un buen camarero.

Ella levantó la vista y me miró con sus enormes ojos color miel.

—Puffff... la verdad... es que no —dijo indecisa y regresando al menú que tenía enfrente—. ¿Me echas una mano?

Mi relación con las mujeres era casi la misma que con el resto del planeta: inexistente. Nunca fui un chico con éxito en ese aspecto. Bueno... más bien creo que nunca tuve éxito en ningún campo.

—Pues... no sé. Depende de lo que te apetezca —respondí algo avergonzado.

—No sé. Lo que sea, pero que esté rico. —Volvió a mirarme mientras hablaba—. ¿Está buena esa tortilla de ahí? —Señaló una gruesa tortilla de patata que adornaba el centro de la barra.

—Buena... no, ¡buenísima! —aseguré con énfasis porque quizá era de mis comidas favoritas del bar.

Las coincidencias me sacaron una sonrisa. Se había sentado donde yo lo habría hecho y había escogido la comida que yo habría elegido.

—Pues, ¡hecho! Tráeme un trozo y un zumo de naranja natural.

Su tono de voz correspondía con su bonita actitud. Me transmitió un sentimiento de felicidad muy difícil de explicar. En alguna ocasión aparece esa persona que, sin querer, agarra tus miedos y los hace desaparecer de un plumazo.

Raudo y con un nuevo sentimiento, me dirigí a la barra para trasladar el pedido a uno de los dos camareros del mostrador. Mientras esperaba a que lo preparase, observé a aquella misteriosa chica desde lejos. Pulsaba las teclas de su ordenador con agilidad y, de vez

en cuando, dejaba de mirar a la pantalla para centrar su vista en algún lugar desconocido. Miraba hacia la calle, pero se notaba que no era eso lo que sus ojos contemplaban.

Bajo aquel gorro escondía una larga melena castaña. Ondulada y desenfadada, correspondiendo a la enigmática aura que la chica desprendía. Puedo afirmar que pertenecía a ese tipo de personas de las que quieres saber cualquier cosa, aunque tan solo lleven unos segundos en tu vida.

—¡Marchando ese pincho! —José me advirtió de que ya estaba listo el pedido.

Cogí el plato con aquel jugoso triángulo dorado y una rebanada de pan de leña, el vaso con el zumo de naranja y me dirigí de nuevo a la mesa de la chica. Se había colocado de tal manera que daba la espalda a todo el local, por lo que tuve que disculparme cuando llegué.

—Perdón. Aquí tienes —dije alertándola y colocando el pedido a un lado del ordenador.

—¡Ay! ¡Muchas gracias! ¡Qué pintaza! —exclamó mientras daba rápidos e insonoros aplausos.

Me hubiese gustado quedarme allí y mantener una conversación con ella. Pero la vergüenza me pudo y solo tuve el valor de corresponder a su comentario con un gesto de aprobación y agradecimiento.

Ella regresó al mundo en el que estaba inmersa y yo continué recolocando las mesas y sacando brillo a lugares que ya relucían. Pero, mientras lo hacía, de vez en cuando, dedicaba furtivas miradas a la nueva invitada. Alternaba pequeños trozos de comida con lo que escribía en aquella computadora plateada.

Tardó algo más de veinte minutos en terminar la porción de tortilla. Lo mismo que yo tardé en repetirme en bucle varias preguntas: ¿por qué estaba comiendo sola en una fecha tan señalada? ¿Qué hacía allí? ¿Qué teclearía con tanta pasión?

Al rato de ver aquel plato vacío sobre su mesa, me acerqué de nuevo para ver si quería algo más.

—Disculpa, ¿deseas otra cosa? ¿Postre o café? —pregunté mientras recogía los platos.

—Mmm... ¿postre? ¿Hay algo rico que me recomiendes? —Volvió a sacar a relucir aquella sonrisa llena de luz.



—Pues yo creo que si fuese tú... probaría la tarta de queso. Está de muerte. —Intenté buscar cierta complicidad guiñando un ojo.

Fueron tan solo varios segundos los que nuestros ojos conectaron, pero a mí me sirvieron para entender que las palabras, a veces, no dicen tanto como una mirada.

—¡Vale! ¡Me parece buenísima idea! Además, ¿sabes una cosa? Hoy es mi cumpleaños y qué mejor manera que celebrarlo con un trozo de tarta, ¿no?

—¿En serio? ¿Naciste el día de Navidad? —pregunté sorprendido.

—Sip —contestó, haciendo un poco más de énfasis en su bonita sonrisa y encogiendo los hombros.

—Oye, pues... ¡felicidades!

De repente, se había generado una conversación. Y yo, raro en mí, me sentía a gusto hablando con una desconocida.

—¡Gracias! Pero... no se lo comentes a nadie porque no soy de muchas celebraciones. —Bajó el tono a modo de broma.

Aquella guasa me volvió a sacar otra sonrisa. Pero mientras regresaba a la barra, tuve una extraña sensación agrisada ¿Se puede ser feliz estando sola el día de Navidad y, encima, siendo tu cumpleaños?

Después de cortar yo mismo una generosa porción de tarta y servirla en un plato de postre, regresé con la intención de formular una pregunta personal a aquella chica. Total, no perdería mucho si me daba un corte por meterme donde no me llaman.

—Pues aquí tienes. Igual que yo no diré a nadie que hoy es tu cumpleaños, tienes que guardarme un secreto a mí también —dije, envalentonado y manteniendo el misterio mientras dejaba el postre sobre la mesa.

—Uy, ¿un secreto? Te advierto que soy malísima guardando secretos —rio en alto al terminar la frase.

—Bueno... confío en ti. Este es un trozo especial para personas que cumplen años —le comenté, poniendo el dedo índice sobre mis labios.

—Ah... vale, vale. Entiendo. No te preocupes que tu secreto está a buen recaudo.

Ambos reímos haciendo que aumentase la complicidad. Aquello propició que me atreviese a dar el siguiente paso.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Si no es muy difícil, sí —contestó, continuando con la broma.

Ella estaba sentada y yo de pie justo a su lado. Sabía que no tenía mucho tiempo porque mi jefe no tardaría en darse cuenta de que me estaba entreteniendo hablando con un cliente. Y esa era una de las normas de la casa que no te podías saltar.

—¿Por qué comes sola el día de Navidad y encima siendo tu cumpleaños?

Después de formular aquella cuestión, me di cuenta de que quizá había sido demasiado entrometido. Pero ella, al no perder la sonrisa, hizo que no me sintiera tan incómodo.

—Pues... —pensó varios segundos—, porque creo que los momentos más especiales son para disfrutarlos con uno mismo. Y porque, quizá, mañana no me acuerde de nada de lo que ha sucedido hoy. Quién sabe... —E hizo un gesto abriendo sus brazos y arqueando las cejas.

## 2

### *La ilusión es pasajera*

Un recuerdo te puede cambiar el rumbo. Aquel día encontré un motivo para sonreír de nuevo. Había sido un encuentro fortuito y relativamente corto, pero yo lo guardé en mi memoria con la misma intensidad que una bonita y larga vivencia. Regresaba todos los días al trabajo acompañado de una novedosa ilusión. Y solía mirar el reloj constantemente cuando se acercaban las tres en punto como si estuviese esperando una cita que, tarde o temprano, llegaría.

¿Creéis en los flechazos? ¿En el amor a primer a vista? Pues yo, hasta entonces, tampoco.

Esa chica me arrebató un trocito de inocencia. Se la llevó consigo como un niño travieso que guarda con celo una gominola que no quiere compartir con los demás. Aunque ella no fue consciente, había logrado devolver los latidos a un corazón inerte. Aún tengo clavada en la memoria una imagen que se repite en cascada cada vez que me acuerdo de la entrada de aquel bar. Ella, de manera inesperada, se giró cuando abría la puerta y pronunciaba un «Nos vemos» que pude leer en sus labios. Se acababa de despedir del camarero que la había atendido sin percatarse de que aquel chico le estaba concediendo algo más que su cordialidad y simpatía.

Quizá esto suene cursi y desmedido. Pensaréis que no se puede, o debe, dar tanto a una desconocida con la que tan solo has cruzado unas cuantas palabras. Pero por eso os he preguntado antes lo de que si creáis en los flechazos. Porque el arquero del amor, aquel

mediodía, tuvo una puntería milimétrica. Aquella flecha impactó de lleno en el centro de mi diana.

Pero, por desgracia, la ilusión es efímera y se fue disipando con la sucesión de los días. Y con ello la esperanza de ese reencuentro. No sabía nada de ella. No tenía ningún tipo de información. Ni siquiera conocía su nombre. Aunque, no os miento si os digo que en mi mente recreé posibles opciones: ¿Laura? ¿María? ¿Quizá algo más peculiar? ¿Estrella? ¿Luna?

—Vamos a ver, niño, ¿se puede saber qué demonios te pasa hoy? ¡Estás *atontao*! —me gritó mi encargado porque acababa de dejar caer varios platos al suelo.

Llevaba ensimismado unos cuantos días. Me costaba prestar atención a casi todo lo que me rodeaba. Y lo peor era que no tenía muy claro a qué se debía. Porque si lo achacaba a aquella aparición, tendría que plantearme que, quizá, me estaba convirtiendo en un maníaco obsesivo. Encima no tenía a nadie con quien hablar del tema. En ocasiones, es necesario escuchar en boca de otro lo que piensas para así encontrarle el sentido.

—Perdona, José. Ahora mismo lo recojo.

El suelo se llenó de pequeños trozos de porcelana blanca. Ni siquiera el ruido que hicieron al impactar contra el piso me devolvió al reino de los vivos. Seguía soñando. Seguía volando por un universo en el que una desconocida iba a mi lado, a la misma velocidad y altura.

Mientras amontonaba los pedazos, una extraña sensación me hizo mirar hacia una de las cristaleras del local. Como si alguien me llamase desde la calle. Debían de ser las cuatro de la tarde y no había demasiados transeúntes. Por eso, no me costó reconocerla. Volvía a llevar un gracioso gorro —aunque ese no tenía el llamativo y simpático pompón—; y el mismo abrigo ancho de pelo.

De inmediato, y movido por una fuerza inexplicable, dejé lo que estaba haciendo y salí del bar. Ni siquiera me importó que hiciese un par de grados en el exterior para salir en manga corta. Me armé de valor, abandoné mis quehaceres sin pensar en las posibles represalias y fui en su busca como ese marinero que no teme a la mar bravía.

Mientras caminaba aprisa calle abajo, me repetí en más de una ocasión: «¿Qué diablos estás haciendo?».

—¡Perdona! ¡Perdona! —grité varias veces para llamar su atención, cuando me encontraba a escasos dos metros.

Ella, y varias personas que estaban cerca, se giraron alertados por el elevado tono de voz.

—¿Me dices a mí? —preguntó sorprendida nada más girarse.

—Mmm... sí. ¿No me recuerdas?

Creo que aquella pregunta sobró porque en su expresión se notaba perfectamente que no me había reconocido. Quizá mis expectativas eran demasiado altas. Incluso había llegado a imaginar que ella también había sentido algo de atracción por mí. Pero, claro, como es evidente, aquello tan solo era la película que yo me había montado.

—Te atendí el otro día en el bar de ahí atrás —dije con timidez, girándome y señalando en dirección al local donde trabajaba.

Pero a ella, guiándome por lo que decían sus gestos, era como si se le hubiese borrado de la mente. Me costó bastante creer que, en tan solo unos cuantos días, hubiese sido capaz de olvidarlo. O, mejor dicho, de olvidarme.

—Ah... ok. Pues... hola.

Aquel saludo fue una simple formalidad, porque era evidente que no tenía ni idea de quién era yo, ni de lo que le estaba diciendo.

Las decepciones se miden en relación a cuáles sean nuestras expectativas. Y os aseguro que yo las había puesto muy altas. Recreé demasiadas veces aquel encuentro. Me lo imaginé con tanta pasión que parecía haberlo vivido de verdad. Por eso, el golpe de realidad fue más duro de lo que un corazón ilusionado puede aguantar. Tanto que no me salió otra cosa que disculparme y regresar a mi lugar como un caballero derrotado.

Dicen que cuando algo va mal, la inercia es que todo vaya a peor. Pues aquel dicho se ratificó nada más cruzar la puerta del bar. Uno de los hermanos me reprochó, de muy malas maneras, que hubiese salido a la calle sin pedir permiso. Todavía no sé qué me pasó para contestarle de aquella forma. Ni para mandarlo todo a la mierda sin importarme las consecuencias. Quizá era la primera vez que sacaba a relucir mi carácter. Algo inusual e inaudito, porque, pensando en situaciones pasadas, mi trayectoria me indicaba que carecía de él. Me podía considerar una persona muy poco valiente. Tanto para to-

mar decisiones como para llevarlas a cabo. No os imagináis lo que me costó dejar la universidad, aun sabiendo que jamás podría terminar la carrera.

Aquella decisión tuvo más aspectos positivos que negativos. Pero, en aquel momento, cuando regresé a mi habitación y me tumbé en la cama, desde donde lo único que veía eran unas grandes manchas de humedad y la pintura desconchada de las paredes, creí que el mundo estaba a punto de desmoronarse. Acababa de mandar a la mierda mi única fuente de ingresos. Me quedaban apenas unos cuantos euros para poder pagar un mes más de alquiler. Y la actual situación laboral no era tan boyante como para desperdiciar oportunidades por un simple calentón de adolescente.

Lo que más miedo nos da es pensar en el futuro cuando ni siquiera creemos en nuestro presente. Porque, sin querer, vemos demasiados impedimentos y trabas que nosotros mismos imaginamos.

Durante las siguientes semanas, invertí mi tiempo en buscar un nuevo puesto de trabajo. Pero parecía que la vida volvía a confabular en mi contra porque tan solo recibía un «Ya te llamaremos». Y en algunos casos, ni eso.

El aspecto más negativo de aquella época fue que mi economía no me permitía seguir. Incluso barajé la posibilidad de regresar a casa donde los problemas no tenían tanto peso como en la soledad de una ciudad que no acababa de acogerme. La capital me rechazaba constantemente. Me hacía sentir un extranjero al que se le niegan las oportunidades una y otra vez.

La inesperada invitada se fue disipando tras haber recibido aquel desaire. Hice todo lo posible por intentar olvidarla. Borrar aquella sonrisa y su bonita manera de mirar al exterior. Pero ¿creéis que es posible eliminar algo que te ha devuelto la ilusión con tanta facilidad? ¿Era tan invisible para el resto del mundo como para que una persona pueda olvidarte en tan solo unos cuantos días?

Pero la vida, a veces, es tan sabia que no deja que te hundas del todo. Era domingo. Hacía muchísimo frío y el cielo estaba cubierto por un manto gris. Quizá uno de esos días en los que desearías quedarte en casa para que pasase lo antes posible. Pero todos los aspectos negativos de mi vida se iban sucediendo en mi mente como si fuese el PowerPoint más triste que alguien ha realizado. Por eso, y aunque

estaba cansado de entregar currículos en lugares que ni siquiera los leían, me vestí y regresé al centro para seguir intentándolo.

De todas las cualidades que posee el ser humano se me podían atribuir muy pocas. Pero lo que sí estaba claro era que lo de rendirse no iba conmigo. Ni siquiera teniendo demasiados motivos para hacerlo. Cada vez que pensaba en regresar al pueblo y mandarlo todo al carajo, sentía como si una fuerza invisible me estuviese empujando para seguir. Para continuar. Para no rendirme. Incluso sin saber cuáles eran mis propósitos.

El centro de Madrid era la zona más propicia para encontrar un nuevo puesto. Era donde más vida había y donde, seguramente, más posibilidades tendría. Llevaba días intentándolo. Trillando las intermediaciones de mi anterior trabajo y dejando mis datos en todos los comercios por donde pasaba.

Caminaba entretenido por las céntricas calles escuchando música con unos antiguos cascos que me regalaron al comprar el teléfono. Sonaba una canción llamada «You are the Reason». La banda sonora perfecta para un día gris. La canción ideal para que, si aún conservas alguna cicatriz, reviva. Paseaba entre la gente, sin rumbo, sin dirección, ensimismado en aquella bonita voz masculina, como si estuviese cantando solo para mí, cuando, de repente, levanté la vista. De nuevo la vida me acababa de alertar para que mirase en una dirección. Como si fuese ella la que quería que coincidiésemos. Como si fuese la que propiciaba que dos personas se encontrasen sin un motivo. Tan solo porque sintió que sus corazones latían a un mismo ritmo. Porque aquella canción quedaba más bonita si eran dos los que la cantaban.

La chica del bar esperaba en una parada de autobús. Sola. Con su pequeña mochila y su bonita sonrisa. Distraída ante el ir y venir de transeúntes y vehículos.

Lo primero que pensé fue si debía acercarme de nuevo. Si debía dar una segunda oportunidad al destino. Antes de tomar esa difícil decisión, os juro que sentí miedo. El típico miedo que sienten las personas inseguras a ser rechazadas. Otra vez. Pero quizá aquella mañana de finales de enero estaba dispuesta a concederme un último deseo. Como el genio de la lámpara. Como los sueños que se desvanecen cuando no los deseas con la intensidad que deberías.

Los veinte metros que nos separaban fueron largos. Largos y silenciosos, aunque la ciudad estuviese plagada de ruidos. Antes de decir nada, me situé a su lado. Cerca, pero manteniendo la suficiente distancia como para no advertirla de mi presencia. La observé como hace un pintor con el lienzo en blanco. Como si estuviésemos partiendo de cero.

—Perdona —dije cuando estaba a la distancia óptima para que me escuchase—. ¿Te puedo preguntar algo?

La chica giró la cabeza y me miró. El color de su iris estaba algo más apagado que el primer día. Quizá porque se mimetizaba con aquel día grisáceo. Tardó varios segundos en responder.

—Eres tú, ¿no? ¿El chico de la tarta especial para cumpleaños? —Acompañó la última pregunta con una bonita sonrisa.

Si alguien era capaz de arreglar un día de mierda, esa fue ella. Os aseguro que al oírla se desvanecieron todos mis miedos. Y con ellos, la inseguridad y la tristeza.

—¡Sí! ¡Claro! —respondí entusiasmado.

—¡Jolín! ¡Qué coincidencia! ¿Estás esperando el ciento treinta y ocho tú también?

Tuve que disimular para que no se me notase que estaba mintiendo. Asentí con total convicción como si ese autobús fuese mi medio habitual de transporte.

—Oye, el otro día no te dije nada antes de irme, pero... tenías mucha razón. La tarta estaba increíble.

Sin querer se había generado un ambiente perfecto, propenso a continuar con una conversación que deseaba tener. Esa que había soñado durante días.

—Claro, ¿has visto? Tienes que fiarte de mí. De tartas sé un montón —bromeé y ambos reímos.

—¿En serio? Pues tengo que decirte que el dulce es mi perdición —prosiguió con la broma.

Nunca había sido tan rápido, ni tan lúcido, pero en aquel momento me salió sin pensarlo.

—Pues... ¿Tienes algo que hacer ahora? Porque conozco un sitio ahí al lado que te puedes volver loca. —Hasta a mí me sorprendió el descaro. Aunque a ella mucho más porque se quedó callada—. Mmm... oye, lo siento mucho si he sido muy atrevido. No quería molestarte, lo prometo —me excusé de inmediato.



Aquella chica tenía unas facciones difíciles de descifrar. Oculataba bien las emociones. Por eso no fui capaz de interpretar cómo le habría sentado mi propuesta hasta que habló.

—No, no. Qué va. No me molestas. Solo que no me lo esperaba. No es muy normal que alguien al que no conoces te invite a una tarta —se explicó con una medio sonrisa—. Pero... claro. Claro que me apetece. ¿Quién se puede resistir a un dulce rico?

La ilusión regresa con la misma premura con la que se va. Al igual que la felicidad. Aquella joven me acababa de devolver una bonita sensación y el suficiente optimismo para entender que la vida es un regalo (aunque a veces deseemos bajarnos de ella).

—¿De verdad?! ¡Es aquí al lado! Prometo no robarte mucho tiempo —exclamé entusiasmado.

Al aceptar, abandonamos la parada de autobús para caminar un par de calles hasta llegar a una pastelería adonde los hermanos Ortiz me habían mandado en alguna ocasión a por pan, cuando se acababa en el bar. Ya había tenido la oportunidad de probar alguno de sus dulces y eran una auténtica pasada. Aunque siempre me había quedado con ganas de hincarle el diente a una tarta de fruta y hojaldre, rellena de crema pastelera. ¡Tenía una pinta escandalosa! Fue la primera imagen que me vino a la mente cuando ella me dijo que le gustaba tanto el dulce.

Durante el trayecto, aunque estaba muy cerca, seguimos charlando. Mientras mantuvimos esa corta conversación, yo solo pude perderme en la profundidad de unos ojos que hablaban por sí solos. Parecía vivir cada segundo como si fuese el último. Observaba el exterior con la misma pasión que un artista su nueva creación. Debe de ser precioso tener tantos motivos para ser feliz y encima ser consciente de que existen.

El invierno de Madrid es frío. Y en ocasiones demasiado gris. Pero cuando encuentras la compañía perfecta se convierte en una ciudad mágica. Las calles antiguas y estrechas parecen dibujadas con acuarela. Y su olor característico te atrapa como un abrazo que te dieron justo en el momento oportuno.

La pequeña panadería-pastelería tenía una bonita entrada de madera. La puerta hacía el típico ruido de esos lugares en los que las historias se guardan bajo llave. Tan solo había cuatro pequeñas me-

sas con un par de sillas antiguas de madera. Una ventana que daba a la vía y un amplio mostrador en el que exhibían sus maravillosas creaciones. Nada más entrar, una bofetada de un aroma exquisito nos dio la bienvenida.

—¡Guau! ¡Cómo huele! —dijo justo lo que yo había pensado.

—Increíble, ¿verdad?

—Madre mía, sí. Como las cosas sepan igual, ¡me voy a morir aquí mismo!

Una mujer mayor, que atendía tras la vitrina repleta de *delicatessen*, nos saludó con amabilidad. Mientras devolvíamos el saludo, tomamos asiento en una esquinita. Ella se quitó el abrigo y yo la imité porque el local estaba muy bien aclimatado. Entre el perfecto aroma a pan recién horneado y ese calor acogedor, aquel lugar se convirtió en el sitio perfecto para mantener una conversación con alguien al que deseas descubrir.

Desde donde nos colocamos se podían ver todos los pasteles que el negocio ofrecía a su clientela. Pero como ya lo tenía decidido, pedí un trozo de la tarta que antes mencioné, para cada uno, y un par de cafés con leche.

—Oye, antes de nada, creo que deberíamos presentarnos, ¿no? —dije mientras esperábamos a que la mujer preparase la comanda.

Aún no sabía su nombre. Bueno... en realidad, no sabíamos nada el uno del otro.

—¡Es verdad! ¡Tú primero! —contestó con la ilusión de una chiquilla a la que le proponen un nuevo juego.

—Ok. Mi nombre es Manuel. Pero la gente más cercana, desde pequeño, me llama Lolo.

Parece que, al descubrir el nombre de alguien, rompes una primera barrera muy importante. Decirle cómo me apodaba fue una declaración de intenciones para aumentar el nivel de confianza.

—Me gusta Manuel —aclaró a la vez que se colocó un mechón que le caía sobre la cara—. Yo me llamo Sara. Y todo el mundo, desde pequeña, me ha llamado Sara.

El comentario nos hizo reír. Y yo solo pude pensar en que había sonreído más con ella que en todo el tiempo que llevaba en Madrid. Parecía que le gustaba bromear. Y reír. Un punto más a su favor para que se convirtiese en la desconocida mágica.

—Me gusta Sara —repetí, y le ofrecí mi mano para formalizar la presentación.

La dependienta irrumpió en ese momento especial para dejar sobre la mesa un par de platos con los trozos de tarta y dos tazas gruesas de porcelana blanca con las bebidas que elegimos. Eso nos obligó a soltar rápidamente las manos para dejarle espacio. Aunque, si os digo la verdad, tuve el tiempo suficiente para darme cuenta de que su tacto era suave y sus manos pequeñas y delicadas.

—¿Y qué más? —preguntó mientras se echaba un par de sobres de azúcar moreno en el café.

—Pues... yo qué sé. La verdad es que no tengo mucho que contar —respondí sin pensar.

Al ser consciente de lo que acababa de decir, me puse colorado. Eso no es lo más indicado cuando quieres crear un buen ambiente e intentar impresionar a la persona que tienes enfrente (aunque fuese una verdad como un templo).

—Hombre... seguro que tienes muchas cosas que contar. Piensa. Ya verás...

Con su bonita capacidad de arreglar lo que otros habían roto, consiguió, una vez más, que me volviese a sentir cómodo. Entonces, comencé un discurso en el que el protagonista principal era yo. Hablé de cosas muy íntimas que no solía contar a nadie. De mi juventud en un pueblo pequeño. De mi llegada a una ciudad enorme. Y de lo esquiva que es la suerte para alguien que intenta hacerse un hueco en un lugar nuevo. Jamás había hablado tanto, y tan seguido. Y menos aún con una completa desconocida. Me abrí sin importarme la opinión de la otra persona. Sin ocultar lo que, seguramente, para cualquiera sería una vida anodina y aburrida.

Ella, mientras cortaba pequeños trocitos y los masticaba con calma, me prestaba atención. La atención que tanto necesitaba y que tanto llevaba buscando. Porque, ¿sabéis una cosa? A veces, lo único que necesitamos para dejar la infelicidad a un lado es que alguien nos escuche. No me interrumpió. Solo se limitó a observarme y a asentir cuando parecía que decía algo con lo que se sentía identificada o estaba de acuerdo.

—Menuda charla te acabo de dar, ¿no? —dije cuando me di cuenta de que a ella no le quedaba nada en el plato y yo tan solo ha-

bía probado un bocado—. Por cierto, está increíble, ¿verdad? —señalé el plato vacío.

—Qué dices. Ves cómo sí tenías algo que contar. Todos tenemos algo que contar, Manu —dijo, guiñando un ojo—. Y sí. La tarta es una locura.

Puede que fuese la primera vez que alguien me llamaba Manu. Aunque creo que esa chica, en aquel momento, me podría haber llamado como hubiese querido.

—Bueno... ¿y tú? —pregunté, dispuesto a escuchar.

—¿Yo? A mí no se me da tan bien hablar sobre mí. Mmm... no sé —dudó un par de segundos—. ¿Qué quieres saber?

La respuesta correcta habría sido: «Todo». Pero tuve la suficiente lucidez para que no se me escapase y que se pudiera pensar que era un chalado.

—Algo más de ti... Yo qué sé. ¿De dónde eres? ¿Qué haces? ¡Ah! ¡Y qué teceabas el otro día en ese ordenador!

—¿En el ordenador? —preguntó para darse un poco más de tiempo para responder. Se le notaba un poco incómoda hablando de ella. Incluso sufrió una ligera variación en su forma de comportarse. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa—. Es un pequeño diario. Escribo todo lo que me pasa —contestó algo avergonzada.

—¿En serio? Joder, yo creo que no sería capaz de escribir más de dos frases seguidas. Cada vez que decían en el instituto que teníamos que hacer un trabajo sobre lo que fuese, las pasaba canutas. ¡Me parece difícilísimo!

—¿Lo has intentado alguna vez? ¿Has intentado escribir sin que te obliguen a hacerlo?

—No.

—Entonces, no puedes opinar. Prueba. Lo mismo... te llevas una sorpresa. —Y volvió a guiñar su ojo izquierdo.